

CARACTERIZANDO LA RECOLECCIÓN INFORMAL EN BUENOS AIRES, 2001–2007

Mariano Daniel Perelman

*Universidad de Buenos Aires y Consejo de
Investigaciones Científicas y Técnicas*

Resumen: El objetivo de este artículo es presentar una descripción de las maneras en que se realiza la recolección informal de residuos en la actualidad en la ciudad de Buenos Aires centrándose en uno de los actores, los cirujas. En el marco de las transformaciones en el mundo del trabajo que se han producido en el último cuarto de siglo en Argentina y en especial durante fines de la década de 1990 y la primera mitad de la siguiente, lo que llevó a un achicamiento del mercado formal de trabajo, se analizan los cambios y continuidades en la actividad tanto a nivel de proceso de trabajo, de los sujetos que la realizan, así como las significaciones que existen en torno a ella.

Una lectura de los diarios porteños y de gran parte de los escritos académicos de los primeros años de la década de 2000 llevaría a pensar que el cirujeo — nombre con el que se conoce a la recolección informal de residuos en la ciudad de Buenos Aires— era una actividad surgida recientemente. Sin embargo, un análisis más atento conduce a otra perspectiva. Durante la década anterior, conforme iba creciendo el desempleo en el país el cirujeo se incrementó notablemente. La masificación fue tan importante que se hizo habitual la imagen de hombres, mujeres y niños recorriendo las calles de la ciudad tirando carros y buscando en bolsas de residuos algún elemento que pudieran reutilizar. Con el fin de la paridad cambiaria de la moneda nacional argentina (el peso) y la nacional de Estados Unidos (el dólar) y su consecuente devaluación, algunos materiales reciclables (como el cartón) subieron más de 100 por ciento. Así, comenzó a ser cada vez más común ver en la calle personas rodeadas de pilas de cartones y comenzó a generalizarse la denominación de cartoneros para designar a la actividad, nomenclatura que otrora servía para nombrar a los que se especializaban en recolectar solamente ese tipo de material. El cambio no fue solamente nominal: el incremento modificó los modos en que el cirujeo se había realizado, no sólo porque adquirió una dimensión inusitada sino también porque se fue generando un circuito de compra venta de dimensión metropolitana, se fueron creando circuitos de recolección en las calles, surgieron transportes (trenes, camiones) dedicados a trasladar a los cirujas que venían del conurbano bonaerense, el gobierno de la ciudad

Una primera versión de este artículo fue presentada en el XXIX^o International Congress of the Latin American Studies Association en Toronto, Canadá (2010). Quiero agradecer a los participantes del simposio “Recolección informal en América Latina y el Caribe” desarrollado en ese marco así como a los tres evaluadores anónimos que con sus comentarios y sugerencias han enriquecido el presente escrito.

creó un área —dentro del Ministerio de Medio Ambiente— dedicada a generar programas en torno a lo que denominaron “recuperadores urbanos”, entre otros procesos.¹

Mi objetivo en este artículo es presentar una descripción de las maneras en que se realiza la recolección informal de residuos en la ciudad de Buenos Aires hoy, centrándome en uno de los actores que lo componen: los cirujas. Me dedicaré a indagar en las relaciones que se generan en la recolección, lo cual implica abordar los modos en que la actividad es vivida por los recolectores. Para poder dar cuenta de ello, entonces, es necesario aproximarse al proceso de construcción social del cirujeo, comprender los modos en que fue conceptualizada la actividad —en relación a los discursos en torno al trabajo y a la pobreza y a la basura— y dar cuenta de las trayectorias de las personas que se dedican a dicha actividad.

El artículo se basa en el trabajo de campo con una aproximación etnográfica realizado entre 2002 y 2008 en la ciudad de Buenos Aires. Durante este período se entrevistó a decenas de cirujas tanto que habían comenzado a realizar la actividad durante el período del trabajo de campo (o pocos años antes) y que contaban con una trayectoria laboral (tanto formal como informal) ligada a actividades consideradas como trabajo (chóferes de ómnibus, obreros de la construcción o de fábricas, plomeros, carpinteros, empleadas domésticas) así como personas que toda su vida habían estado signadas por el cirujeo. Durante este tiempo se hicieron observaciones tanto al momento de la recolección como en otros ligados a la actividad —momentos de la diferenciación y limpieza de materiales en los depósitos donde iban a vender lo recolectado, tiempos de descanso, los transportes en los que se trasladaban a la ciudad, etc. También como se verá, se han analizado una serie de fuentes para reconstruir el entramado histórico del cirujeo. No sólo me he basado en las entrevistas y en las memorias de los cirujas sino que he indagado en memorias municipales, periódicos, revistas, fotografías, obras literarias, tesis de médicos e ingenieros y otros profesionales que se erguían como las voces autorizadas para referirse a la actividad.

En pos de desarrollar mi argumento dividí el escrito en cuatro partes. En la primera, reseño los modos en los que el cirujeo se realizó en la ciudad de Buenos Aires. En la segunda sección, me centro en el mercado de trabajo y en los discursos que fueron configurando al empleo como modo legítimo de ganarse la vida. En la tercera, analizo los modos en que el cirujeo se realiza en la actualidad. Primero me centro en la presencia de cirujas en la calle, luego en el modo en que los cartoneros experimentan la actividad y generan relaciones en la calle. Por último, me centro en los depósitos y cómo se han transformado en un actor necesario.

1. A diferencia de otros autores que han trabajado el tema (Gorbán 2009; Schamber 2008), he optado por utilizar de manera indistinta la categoría ciruja, cartonero y recuperador urbano salvo cuando lo especifique. Sin desconocer el poder que tienen las formas de nominar —y que abordaré en el artículo—, considero que en la actualidad todavía las formas de nominar no están instituidas. Además las personas que se dedican a la recolección informal suelen utilizar las categorías de forma indistinta (salvo cuando lo usan políticamente).

BREVE HISTORIA DEL CIRUJEO: EL CIRUJEO EN LAS QUEMAS Y EN LA CALLE

Lo que puede reconocerse como recolección informal de residuos cuenta con una prolongada historia. Pese a las diferentes formas en la que se ha desarrollado y los distintos nombres que han recibido las personas que se dedicaron a ella, existen algunas continuidades en torno a los discursos que la construyeron. En este apartado quiero centrarme en dos procesos que son útiles para comprender el modo en que se recolecta en la actualidad. Quizás convenga aclarar que no digo que las formas actuales hayan estado en germen en el pasado. Lo que quiero resaltar es que las actuales formas de cirujear adquieren sentido a partir de la sedimentación de discursos y prácticas. Uno de los procesos refiere a los discursos que construyeron qué significa ser ciruja. Aquí, la mayor continuidad es la que liga tal tarea a la pobreza, a la marginalidad y a la estigmatización. Ahora, las relaciones y los sentidos que los recolectores le otorgan a su actividad ha ido variando. Esto se debe, básicamente, a dos cuestiones. Una a las trayectorias y a la composición de las personas que han realizado la recolección; la otra a las intervenciones estatales en torno al cirujeo. El otro proceso es territorial: el que da cuenta de la presencia de cirujas recolectando en las calles de la ciudad. Es posible divisar un péndulo que ha llevado a la recolección por parte de los cirujas del centro de la ciudad hacia sus márgenes para volver a traerlos hacia centro. Este recorrido está sumamente ligado al sistema de recolección formal de residuos.² Teniendo en cuenta lo descrito quiero seguir un camino centrado en el cirujeo, el cual tiene su brújula en la recolección formal.

Fue con la creciente y rápida urbanización del último cuarto del siglo XIX que comenzaron a buscarse sitios alejados para depositar la basura.³ A la vez, se produjo una refundación imaginaria de Buenos Aires basada en la inclusión de nuevos pobladores, que tendía a construir un “cuerpo social sano” (Murillo 2002, 30), imagen que ha poblado en buena medida las percepciones del mundo urbano porteño hasta la actualidad.

Suárez (1998) marca que hasta 1870, las directrices referían a alejar los residuos de la ciudad o bien arrojarlos en sus espacios intersticiales, huecos, zanjas o áreas anegadas. Hacia 1870 y hasta 1920 el modo que adquirió la gestión de residuos fue la de concentrarlos y quemarlos. Schamber (2008) establece un período entre 1860 y 1890 de pugna entre dos ideas diferentes: la quema y la incineración. En la primera se privilegiaba el reciclaje y las utilidades, mientras que en la segunda, la estética y la salud pública. Luego, a partir de 1910 y hasta 1977, el sistema que se utilizó fue el de la incineración domiciliaria y en usinas. Una visión similar plantea Paiva (2008) quien marca que desde la fundación de la ciudad de Buenos Aires hasta la instalación de la quema, los residuos eran vertidos en los terrenos baldíos (huecos) o arrojados al agua. Luego, desde 1860 y hasta 1904 el tratamiento de los desechos se efectúa por quema a cielo abierto y luego, hasta 1977, se les in-

2. Refiero a los modos en que el gobierno de la ciudad implementaba la recolección a partir de la prestación de un servicio público.

3. Buenos Aires pasó de 187.100 habitantes en 1869 a 1.575.000 en 1914. El crecimiento fue tan notable que fue caracterizado como una verdadera “revolución urbana” (Liernur 2000; Suriano 2000).

cineró. Durante el cambio de siglo se buscó evitar la propagación de epidemias — que representaban gran parte de las muertes totales de la ciudad (Suárez 1998)—, limpiando y eliminando los residuos del centro de la ciudad para resguardar las áreas residenciales. Las condiciones sanitarias producto del rápido crecimiento urbano, junto con otros problemas, fueron generando una resolución médica sanitaria. Se fue generando un proceso de segregación espacial (Suriano 2000), favorecida por las políticas municipales (Gorelik 1998). Plantea Paiva (1996) que hacia mitad del siglo XIX comienza a entenderse la higiene no sólo como el conjunto de prácticas destinadas a evitar la expansión de epidemias sino como un “programa sanitario de amplio alcance, abarcativo de todos los aspectos de la salud humana: físicos, mentales y sociales” (Paiva 1996, 26). El higienismo tuvo como mito la expansión de la civilización, que no era otra cosa que la imposición de los estilos de vida de las elites dominantes de los países europeos sobre los países colonizados, dominados o *bárbaros* (Álvarez Leguizamón 2008, 20).⁴ La basura fue un tema importante para los higienistas que poseían un gran poder de decisión: los residuos fueron alejados de la ciudad como parte del proceso que tendió a mantener el cuerpo social sano. Se estableció, entonces, un lugar alejado del centro urbanizado porteño, inundables, contaminadas y de poco valor económico, en los actuales barrios de Parque Patricios y Nueva Pompeya.⁵ A partir de entonces, el cirujeo se va a desarrollar, mayoritariamente, en lo que llamé territorios acotados, los cuales estuvieron siempre ubicados en los márgenes de la capital. La basura iba a los márgenes y junto con ella, una serie de sujetos como los rebuscadores.

Con la creación de la quema, existió también una mudanza de muchas de las personas que vivían en los huecos hacia los nuevos terrenos donde se quemaba la basura. Así, hacia fines del siglo XIX, los cirujas se habían asentado en la quema a fin de recoger los materiales que aún poseían valor comercial.⁶ Lo hacían provistos de un gancho de hierro que utilizaban para recolectar y retirar todo tipo de materiales y objetos susceptibles al consumo y a la venta. Este asentamiento recibió el nombre de Pueblo de las Ranas, el cual fue desalojado durante el primer cuarto del siglo XX. La basura, así como los que trabajan en relación a ella, fueron objeto

4. Con respecto a la degradación física y moral de los pobres en Buenos Aires y las problemáticas relacionadas con los intentos de solución médico-sanitaria como condición necesaria para el saneamiento y moralización de la población puede consultarse también Armus (1995) y Gorbán (2009).

5. El elegido se ubicaba en los aún despoblados suburbios hacia el suroeste. Es posible que la elección se debiera también a una política de transformación de la ciudad que llegará a su punto de máxima expresión durante la intendencia de Torcuato de Alvear. Los corrimientos de los basurales se fue produciendo con el crecimiento y expansión de una ciudad controlable. Las localizaciones de la basura están relacionadas con la de los límites simbólicos de las zonas de elite de Buenos Aires. Esto es tan notorio que cuando la última dictadura militar interviene en la ciudad con el proyecto de mercenciamiento comenzó a exportar la basura no ya a los márgenes sino fuera de ella.

6. En la quema había peones que se encargaban de diferenciar los elementos con valor comercial antes de quemar el resto. En el Primer Informe de la Comisión de “Estudio de las basuras” (Municipalidad de la Capital, 1899), no se puede diferenciar entre rebuscadores de residuos y los peones de la quema (trabajadores municipales y luego contratados por las empresas concesionarias). Esa indefinición resulta importante a la hora de establecer los límites (o falta de ellos) entre unos y otros. Asimismo, refiere a los derechos que fueron adquiriendo los trabajadores durante el siglo XX, en el que ser trabajador formalizado se irá diferenciando al que tenía que rebuscársela.

de los debates de la época. Los organismos estatales, así como la prensa, médicos, ingenieros y trabajadores dejaron plasmadas sus opiniones al respecto. Las personas que trabajaban con la basura y que vivían de lo que allí se encontraba no sólo eran consideradas pobres sino también sus modos de vida eran concebidos como inmorales e inhumanos. Los que vivían en el barrio de las Ranas eran vistos como rufianes, prostitutas, truhanes y libertarios; se los les describe como “animales” y que recurrían a la recolección de residuos ya sea porque eran delincuentes o porque estaban enfermos y no conseguían otros trabajos. Eran vistos como “pobres infelices”, “refractarios a la asistencia”, “rufianes, prostitutas, truhanes, y libertarios”; con un “aspecto miserable” (Huret [1911] 1986, 55–56). Otros términos, más directamente ligados a la actividad de recolección en sí que surgían para nominarlos eran cateadores, rebuscadores o *chiffonier* (Roccatagliata 1919).⁷ La quema y el barrio de las Ranas eran vistos como depósitos de los desperdicios sociales. No sólo iba a parar la basura sino también personas no útiles, gente estigmatizada y delincuentes (Velloso 1985; ver también Huret [1911] 1986). El barrio formaba parte del circuito de los desechos. Era, según el Primer informe de la Comisión de “Estudio de las basuras” de la municipalidad de la ciudad del año 1899, una “lepra incrustada en el municipio de la capital”.⁸ Además del trabajo en las quemas, en las diferentes fuentes aparecen personas realizando la actividad en las calles y en el camino hacia el vaciadero. Una minoría continuó, de todas maneras, recolectando en las calles. A diferencia de los relatos sobre la quema, estas personas eran vistas como atorrantes (en el caso de las fuentes municipales) o *chiffoniers* en vez de bestias marcando un límite entre las actitudes en la urbe y la lejana y peligrosa quema de basuras (Roccatagliata 1919). Durante la primera mitad del siglo XX, se cerró la quema y comenzaron a construirse hornos industriales de incineración.⁹ Se puede reconocer una nueva etapa en la forma de deshacerse de la basura que remite a la incineración. El cambio no produjo transformaciones en los modos en que el cirujeo se desarrolló pero sí un corrimiento de su localización hacia los nuevos basurales, en especial hacia el del Bajo Flores, también en los márgenes de la ciudad. La relación simbólica entre la actividad y la holgazanería y la vagancia continuó. Paulatinamente irán desapareciendo de las fuentes los que realizaban el cirujeo en las calles para circunscribirlos a las quemas, especialmente a la del Bajo Flores, que para la década de 1970, cuando fue cerrado, era uno de los basurales más grandes del mundo.

Nacido en la década de 1920, en el inmenso basural a cielo abierto los cirujas encontraron su medio y lugar de vida. En sus alrededores se instalaron galpones, depósitos y fábricas, que compraban y vendían los desechos que los cirujas recolectaban. Además, se fueron creando villas de emergencia pobladas mayoritariamente por migrantes de las provincias en busca de una mejor vida que, paradójicamente, terminaron en la basura porteña. De esta manera, el circuito del cirujeo se desarrollaba casi íntegramente alrededor de la quema, lejos de los barrios de

7. Revista *Caras y Caretas* No. 16 (1899): 1–2; Memoria Municipal de 1877.

8. Primer informe de la Comisión de “Estudio de las basuras”, Municipalidad de la Capital, 1899, 31.

9. La contaminación, el agotamiento del terreno donde se quemaba la basura, la proliferación del cirujeo fueron parte de las causas de la búsqueda de un nuevo sistema.

clase media de la ciudad. La quema del Bajo Flores se fue constituyendo en un espacio con reglas y moralidades particulares. La basura era allí llevada y volcada en el basural. Una vez hecho esto máquinas esparcían los residuos por todo el predio. La zona donde primeramente era tirada la basura, era conocido con el nombre de “la fosa”, lugar privilegiado para los cirujas ya que allí era posible encontrar gran cantidad de materiales revendibles o utilizables. La manera en que se depositaban los residuos hacía que los cirujas fueran moviéndose por la quema. No siempre ocupaban el mismo territorio sino que se movían en función de donde se iba efectuando la descarga. Estos codiciados lugares, “siempre donde estaba lo grueso” —como relataba en una entrevista José que cirujeó en la quema— eran los que se dividían los capangas. La mayoría de los cirujas no dudan en caracterizar la vida en la quema como, en palabras de Valentín —uno de los que allí vivió y trabajó— como “dura y peligrosa” no sólo por las características originarias del terreno, las pilas de basura acumuladas dejando grandes huecos, sino sobre todo por la violencia reinante en ella.¹⁰ Allí muchos cirujas ranchaban: pasar las noches era más peligroso que trabajar durante el día. La quema era un territorio abierto al que cualquiera podía acceder, pero a la vez cerrado, por las relaciones que se generaron. Tenía una frontera fuertemente marcada en dos sentidos: una territorial y, sobre todo, otra social. Debido a su configuración, marcada por la violencia, las relaciones internas y la carga simbólica que tenía, ese espacio abierto se transformaba en cerrado. Las relaciones constitutivas de identidad personal y colectiva tienen una expresión espacial que está simbolizada: la quema fue, sin duda, contributiva a la identidad de los quemeros para los cuales los usos de la violencia configuraron amistades, crearon relaciones estables y definieron formas de movilidad dentro de la quema, definiendo territorialidades hacia el interior del predio de basuras (Perelman 2008, 2010b).

Un nuevo período —tanto en la forma de recolección formal (Suárez 1998; Schamber 2008; Paiva 2008), como en el modo del cirujeo— comenzó en 1977, momento del cierre de la quema y creación de la Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE). Esto ocurrió en el marco del último gobierno militar (1976–1983) que llevó adelante una transformación radical de la ciudad, intentando hacer de ella una ciudad de elite a partir de la idea de que la población que en ella vivía debía merecerla (Oszlak 1991). En 1977 los gobiernos de la Provincia de Buenos Aires y la Municipalidad de Buenos Aires firmaron el convenio de su creación. Se estableció que se reservarían dos lugares que serían nivelados mediante la técnica del relleno sanitario con el objetivo de poner fin al problema de los residuos domiciliarios e industriales mediante un sistema económico y más higiénico que la quema. No sólo se creó el CEAMSE y se prohibió el cirujeo. También, a partir de varias ordenanzas (33581/77; 34.523/78) y decretos (613/1982), se reglamentó el sistema de recolección y la conducta de los porteños. La creación y puesta en funcionamiento del CEAMSE, el cambio en la forma de la recolección, la nueva legislación y la erradicación de las villas miserias —donde

10. La importancia de la violencia surgió en las entrevistas realizadas a personas que allí trabajaron y vivieron. También aparece en las notas periodísticas sobre el predio (Petcoff 1965).

la mayoría de los cirujas vivían— significó una transformación en las formas de recolectar. La actividad fue prohibida y reprimida esgrimiendo razones que tenían como base que la actividad era perjudicial para los que la realizaban, a lo que Schamber (2008) refirió la represión humanitaria. A las viejas estigmatizaciones se le sumaron las producidas por la dictadura en un doble discurso: con respecto a los pobres y con respecto a los cirujas. Si hasta el momento el proceso del cirujeo (recolección, compra y venta de materiales) así como la morada de los cirujas se desarrollaba en los territorios acotados, fue con el cierre de la quema que aparecieron las formas actuales de cirujear. Una vez cerrada la quema y desarticulada aquella configuración, los cirujas siguieron diferentes caminos. Algunos emigraron con la basura al conurbano bonaerense para seguir realizando la actividad en los basurales. Otros continuaron realizando la actividad en la ciudad pero en las calles ya sea con camiones o con carros tirados a caballo o a mano. Sobre ellos volveré más adelante.

En cuanto a las nominaciones, se puede decir que a partir de la década de 1940 va a ser el término ciruja el que se utiliza para referirse a las personas que realizaban la actividad. Sin embargo, la pugna de sentidos seguirá presente. Los informes municipales los tratarán como “desocupados” —hablan de “oficio”, en especial en la década de 1940. En los escritos de historiadores barriales y de los lunfardistas, dominará una visión ligada a la vagancia y delincuencia (Gorbán 2009). Así, como muestra Schamber (2006), la categoría de ciruja quedará ligada a dos significados distintos aunque muchas veces ensamblados por el uso corriente. Por un lado, como sinónimo de vagabundo o sin techo, y por otro, como rebuscador de residuos entre la basura. En ambos casos, agrego, tiene una carga peyorativa.

MERCADO DE TRABAJO

Existen hoy personas que se dedican a la recolección con una prolongada trayectoria en la actividad. Pese a ello, para comprender los sentidos que ha tenido el cirujeo —al que me referido en el apartado anterior— y para poder entender los que las personas le otorgan a sus actuales prácticas es necesario comprender qué significa ser trabajador en Argentina. A ello voy a dedicarme a continuación.

En términos generales, es posible marcar que el trabajo se ha constituido en uno de los discursos disciplinadores más poderosos de la modernidad. En Argentina fue una de las principales formas de integración social que también alcanzó a los que estuvieron por fuera del mercado de trabajo formal. No toda actividad que produce (plus) valor es considerada socialmente un trabajo. Posiciones morales, construcciones simbólicas, procesos legales pesan sobre ellas a la hora de pensar lo que es tener un trabajo y ganarse la vida dignamente. Los sujetos se construyen en función de sus trayectorias, deseos y expectativas. En Argentina, además, es posible establecer un vínculo entre relaciones formales de trabajo y ciudadanía (Grassi, Hintze y Neufeld 1994) el cual se dio, sobre todo, en los centros urbanos e industriales. Como parte de este proceso, la figura del trabajador se resignificó. Un claro ejemplo es la creación del sistema de educación técnica oficial como parte

del proceso de construcción de un discurso hegemónico —que vino a recoger y articular procesos político-culturales más amplios— que cubrió desde la escuela primaria, pasando por el nivel medio (escuelas-fábrica y escuelas industriales) hasta el nivel universitario (Universidad Obrera Nacional). Más aún, la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, que agrupaba a todas estas instituciones, fue creada por Perón dentro de la esfera de la Secretaría de Trabajo y Previsión (Dussel y Pineau 1995). Esta misma idea fue expresada por la gráfica: ya no será la imagen del obrero cansado y explotado de la tradición socialista y anarquista la que se realce, sino la de uno sonriente y sin signos de fatiga luego de la jornada de trabajo (Gené 2005).¹¹ También la idea de ser trabajador fue ligada al desarrollo del ideal de familia organizado en torno al trabajo de un jefe varón proveedor de los ingresos familiares (Wainerman 2005). En esta línea, el proceso de democratización del bienestar al que asistió el país durante la década peronista puede ser condensado en una imagen: la de una familia típica en la cual el padre está sentado leyendo el diario o escuchando radio, la madre se encuentra haciendo labores domésticas y los hijos, entre tanto, ocupados en sus tareas escolares (Torre y Pastoriza 2002). El modelo de Estado de Bienestar argentino, la expansión de los derechos sociales estuvo ligada al trabajo formal.

La expansión de la legislación protectora y regulatoria del trabajo, favoreció, en esta instancia identificatoria —casi superpuesta a la de ciudadano—, la incorporación de un conjunto extenso de categorías ocupacionales (Grassi, Hintze y Neufeld 1994, 15). Las autoras plantean que, pese a la inestabilidad política, al cuestionamiento al Estado y las propuestas privatizadoras que comienzan a recorrer el país con la autodenominada Revolución Libertadora en 1955 que derrocó al gobierno de Perón, las condiciones básicas del modelo se sostuvieron aún bajo gobiernos oligárquicos o dictatoriales. Éstos trasgredieron sistemáticamente los derechos políticos pero mantuvieron los derechos al trabajo y las políticas sociales. Así es que se fue constituyendo en la memoria social la idea de que no trabaja el que no quiere. A partir de la dictadura militar iniciada en 1976, sin embargo, la situación comienza a cambiar. Durante la última década del siglo XX el desempleo comenzó a crecer, afectando a sectores cada vez más crecientes de la población argentina.

Ahora bien, paralelamente a este mercado formal de trabajo, a este ideal de trabajador, han existido otras formas de ganarse la vida, menos reconocidas, ligadas a la informalidad, o que se han movido entre uno y otro ámbito. Muchos de mis entrevistados forman parte de lo que analíticamente he distinguido como cirujas estructurales, o sea personas que están realizando la actividad desde siempre y que suelen provenir de familias que se dedican a la recolección (Perelman 2007).¹² La mayoría de ellos son hombres que, pese a haber estado en condiciones de estar insertos en un mercado formal de trabajo que (supuestamente) podía incluir a

11. De manera similar, Plotkin (1994) plantea que el duelo y la protesta que signaron las marchas anarquistas del día del trabajador fueron revertidas por Perón hacia la idea de algarabía popular.

12. Este mismo concepto fue también utilizado por otros autores como Suárez (2001). Recupero este debate más adelante en la sección “Viejos cirujas, nuevos cartoneros”.

todas las personas, no lo estaban. Juan Carlos y Coco, dos cirujas a los que entrevisté varias veces durante el trabajo de campo, plantean su relación con el cirujeo a partir de los problemas de mercado. Juan Carlos, lo relaciona con los ingresos. Me decía que dice:

Yo trabajé veinticinco años en la Comisión Municipal de la Vivienda. Yo trabajaba de lunes a viernes y sábado y domingo, era mi pasión cirujear. Lo que yo hacía sábado y domingo, lo sacaba en un mes en la Comisión de la Vivienda. Te imaginás, cómo no me iba a llamar la atención seguir cirujeando. Y bueno, después me quedé en la Quema, me casé, junté mi dinero para hacerme mi fiesta [. . .] me pagué mi ropa, [. . .] de mi bolsillo gracias a la ciruja. Crié a mis hijos, me casé en el 74.

Coco refiere a la falta de trabajo para los migrantes:

El tema mío es que cuando vine de Misiones y tenía dieciséis años, el problema de los documentos. Por el trabajo. Entonces, me decían en mi casa que tenía que salir porque había que pagar luz, gas, todo eso. Y había un solo sueldo de ingreso, que era el de mi padrastró. Entonces me decía que acá hay que ayudar, que él paga todo. Y sin trabajo, y sin documento, sin nada [. . .] entonces llegó un muchacho y dijo “yo lo voy a llevar a trabajar conmigo — dijo— si quiere”. Y en ese momento no te tomaban por ningún lado, y menos sin conocimiento, yo vengo de la provincia de Misiones. Trabajaba en el campo, carpía, cosecha, todo eso. “Yo te puedo ayudar”— dijo. “Veo que tu padre te tiene medio, medio [. . .] apurando, sin trabajo” [. . .] “y bueno” —le digo— “vamos a probar”. Y vinimos a la descarga acá.

Ahora bien, el ámbito del mercado de trabajo formal y el del cirujeo fueron vistos como separados, con marcos de acción diferentes.¹³ Sin embargo, estos dos mundos parecieron comenzar a unirse durante las décadas de 1990 y 2000 a partir de una serie de transformaciones en el mercado de trabajo.

Si, como dije, por varias décadas del siglo XX, el mercado de trabajo formal logró incluir parte importante de la población activa, a partir de la década de 1970, los cambios en el modelo productivo, la implementación de políticas de corte neoliberal generaron fuertes reajustes en la estructura social argentina (Beccaria 2001; Svampa 2000) y en las nociones sobre el empleo (ver Grassi 2000). Con un mercado de trabajo en claro retroceso, miles de personas fueron quedando desocupadas del mercado de trabajo formal, recurriendo a changas y, desde la década de 1990, a planes sociales para poder sobrevivir. En este marco, una creciente cantidad de personas, con trayectoria en el mercado de trabajo, recurrieron al cirujeo como forma de ganarse la vida. Entre los sujetos que iban quedando desocupados y los que intentaban reajustarse en un contexto donde ya no era el empleo la forma de acceder a los medios de supervivencia sino de recordar haberlo sido, las históricas construcciones sociales en torno a la idea de trabajo experiencialmente vivida generaron posicionamientos diferentes en torno al cirujeo.

13. La relación cirujeo y mercado de trabajo formal es una buena entrada para cuestionar los límites entre lo formal y lo informal. En las entrevistas y en las trayectorias de los cirujas —tanto los que la realizan desde hace pocos años como los históricos— es posible ver que estos límites son difusos. Creo, en este sentido, más fructífero pensar en términos de legitimidad e ilegitimidad que en formalidad e informalidad.

CRECIMIENTO DE LA ACTIVIDAD, NUEVOS CIRCUITOS DE RECOLECCIÓN:
LOS NUEVOS Y LOS VIEJOS CIRUJAS

Hacia mediados de la década de 1990, y en especial después de la crisis de 2001, aumentó notablemente la cantidad de personas dedicadas al cirujeo y se transformaron las modalidades que exhibía tradicionalmente la tarea. Millares de personas comenzaron a acceder a la ciudad desde el conurbano bonaerense, de barrios pobres, de asentamientos ubicados a más de cincuenta kilómetros de la ciudad. Trenes especiales fueron puestos por las empresas prestatarias del servicio para que se trasladaran. Algunos fleteros desocupados comenzaron a ser medio de transporte para que los cirujas pudieran acceder a áreas donde el tren no llegaba. Con el crecimiento y la masiva aparición de cirujas en la ciudad de Buenos Aires, la actividad comenzó —de manera problemática— a formar parte de la agenda pública y política.¹⁴ Si al comienzo de la década de 1980 existían diferencias entre botelleros, carreros y cirujas (Paiva 2008), a partir de entonces esta última categoría comenzó a englobar a todos. También comenzó a generalizarse la categoría —menos peyorativa— de cartonero, en especial desde los medios de comunicación, y luego la de recuperadores urbanos, desde el gobierno de la ciudad. Los discursos que los catalogaban de vagos, rebuscadores y peligrosos no perdieron vigencia, pero se modificaron con el crecimiento de la actividad, las transformaciones en el mercado de trabajo y la creciente importancia del discurso ambiental. El cirujeo como trabajo se puso en el centro del debate.¹⁵ El gobierno de la ciudad comenzó a generar una serie de medidas, indisolubles de las discusiones políticas. En 2003 creó, dependiente de la Secretaría de Medio Ambiente, el Programa de Recuperadores Urbanos, apoyó una petición para legalizar el cirujeo y desde el programa se intentó mostrar a la actividad como un trabajo que debía organizarse, en lo posible en cooperativas, en relación al cuidado del ambiente. Que el programa haya sido creado dentro esa secretaría no fue causal ni casual. La inclusión del tema de los cirujas en la agenda política estuvo acompañado por el discurso del reciclado como parte del cuidado del ambiente, generando un vínculo que apareció como natural pero que lejos estaba de serlo. El argumento que se planteaba era que con la recolección diferencial los cirujas ayudaban a la conservación del ambiente al reducir la cantidad de residuos que se enterraban en los colapsados rellenos sanitarios.¹⁶ Fue un reconocimiento a la utilidad de la actividad así como a la imposibilidad de generar políticas inclusivas sobre un creciente sector de la población. A su vez, ese mismo año se sancionó la Ley 992 que reconocía a los recuperadores urbanos como parte del sistema de recolección. Sin embargo, todo esto no se

14. Así, las notas periodísticas crecieron exponencialmente a partir del 2001, siendo raro encontrarlas antes de la fecha (Perelman 2005; Schamber 2006).

15. La legislatura de la ciudad, por ejemplo, en 2001 y en 2002, realizó unas jornadas bajo el lema “el trabajo no es basura”. También durante la audiencia pública realizada en el Supremo Tribunal de Justicia del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, en el que se debatía la (des)penalización del cirujeo en noviembre de 2002 (ver Perelman 2011a).

16. Muchos sujetos se han reconfigurado desde esta vertiente ambientalista, marcando la importancia de la actividad que realizan para el cuidado del planeta. Más aún, se posicionaban de manera antagónica a las empresas recolectoras que, hasta el 2004, cobraban según la cantidad de basura que recolectaban.

trajeron en legitimidad de la actividad. Que el cirujeo quede relacionado con el ambiente —el gobierno los llama recicladores, recuperadores urbanos, algunos de ellos se dicen trabajadores del cartón o retoman las visiones que el gobierno de la ciudad incentivó— es producto de una serie de procesos que comenzaron a darse en los últimos años pero que no borran las concepciones anteriores ni las condiciones de pobreza de las cuales emergen y se mantienen. Los debates en torno al cirujeo siguen polarizados, no están acabados sino complejizados a partir de transformaciones en las concepciones mayoritarias de trabajo, de ambiente, de la propia actividad y de los intereses de otros actores.

La nominación de recuperadores urbanos, si bien es una posición política, no se entiende —como dije— sino en el marco de la forma en que se fue estructurando el sistema de recolección informal y el ciclo de reciclado de materias primas. Con esto quiero decir que referirse a recuperadores se hace posible en el marco de una estructuración de una cadena productiva.

La basura y los cirujas en las calles

La aparición masiva de cartoneros en las calles de la ciudad no sólo se debe a la cantidad de personas, sino también a las políticas en torno a la recolección formal e informal de residuos, las transformaciones territoriales y las trayectorias de los cirujas. El proceso de recuperación de residuos se compone, además de los recolectores, de diferentes actores que pueden agruparse en otros tres grandes y heterogéneos grupos: productores de residuos, intermediarios y la gran industria.

Los cirujas hacen de la basura una mercancía a través de la recolección informal. Es en esta selección que ciertos materiales (generalmente papel, cartón, metales, vidrios y plásticos) y posterior acondicionamiento (lavado, diferenciación, secado, limpiado) que lo que antes era un desecho adquiere valor. Estos materiales son vendidos a depósitos que a su vez venden a uno mayor (especializados); y éstos, a su vez, a la gran industria que los recicla y reutiliza como materia prima para nuevos productos de consumo masivo. Por su parte, la basura para el ciruja tiene un valor de uso. Algunos materiales son directamente utilizados para equipar sus casas, otros son consumidos para alimentarse. Como dije, el actual sistema de recolección actual tiene su origen en 1977. A partir de entonces, la recolección formal se realiza puerta a puerta de domingo a viernes en el horario nocturno. Esto implicó un radical cambio de los comportamientos del mercado informal de residuos. Hasta los tiempos de la quema y la incineración, la basura debía buscarse en los márgenes de la ciudad; en la actualidad, en cambio, es en los barrios céntricos donde se encuentra. Más aun, es en los barrios con mayor densidad de población de clase media y alta en donde la basura es de mejor calidad y más abundante.¹⁷ La nueva localización de los residuos, entonces, implicó el florecimiento de una serie de establecimientos de compra y venta apostados en lugares estratégicos como las adyacencias de las estaciones de ferrocarriles —medio de

17. Ver "Gestión de Residuos Sólidos Urbanos," *Atlas Ambiental de Buenos Aires*, http://www.atlasde.buenosaires.gov.ar/aaba/index.php?option=com_content&task=view&id=435&Itemid=73&lang=es.

transporte utilizado por una gran cantidad de cirujas para trasladarse desde sus hogares en el conurbano bonaerense y los barrios céntricos de la ciudad—, por un lado, y la generación de relaciones con los vecinos por el otro.

Viejos cirujas, nuevos cartoneros: Vergüenza, pobreza pública y construcción de confianza

En los apartados anteriores me referí a la presencia de cartoneros previa a la primera década de 2000 y que la novedad remite a la cantidad de cirujas en las calles más que a la tarea en sí. También dije que nuevos sujetos habían comenzado a realizar la actividad, muchos de ellos con una prolongada trayectoria formal. Ahora, es importante recuperar los procesos que hicieron que el cirujeo, esa actividad fuertemente estigmatizada, se convirtiese en una opción para un sector de la población. Para ello, durante la investigación me centré en las trayectorias de las personas y en las condiciones legitimantes que habilitan al cirujeo. Recuperando críticamente la diferenciación entre cirujas estructurales y nuevos cirujas (Suárez 2001; Perelman 2007), me interesa a continuación dar cuenta de las formas en que es vivido y realizado el cirujeo en la actualidad. Esta distinción no es nueva. Ya ha sido establecida por Suárez (2001) que diferencia entre cirujas por oficio y por caída, Schamber (2008) complejiza estas categorías. A los primeros, los diferencia entre históricos y recientes. A los segundos, entre desempleados de la década de 1990 y los estimulados por la devaluación. También establece una distinción a partir del grado de dedicación a la actividad, entre los que se dedican exclusivamente y parcialmente.

Yo considero cirujas estructurales a los que ven en la actividad una forma habitual de vida, y suelen reconocerlo como algo dado, asumido y establecido ya que forma parte desde hace varios años de sus vidas, remontándose varias generaciones atrás. Esto es, el cirujeo no implicó una ruptura en las trayectorias laborales y aquellos que lo practicaban no solían sentir un estigma por realizar la actividad. De esta manera, considero que no sólo a los que venían realizando la actividad desde tiempos de la quema pueden considerarse cirujas estructurales. Muchos de los que comenzaron a realizarla recientemente, también pueden ser vistos como estructurales al haber tenido alguna relación con la actividad y no sentir una ruptura ni el estigma que se le atribuye a la actividad. En vez de sentir vergüenza — que algunos lo han visto como una respuesta casi natural (Gutiérrez 2005; para una crítica de la relación cirujeo-vergüenza ver Perelman 2010a, 2011a)— sienten orgullo. Éste está basado en dos componentes: en el coraje y en la originalidad. Desde que recolectaban en la quema el cirujeo se fue constituyendo como una forma legítima de ganarse la vida. La actividad está significada a partir de una serie de valoraciones que consideran positivas: que la actividad no es para cualquiera, porque hay que saber, pero sobre todo porque es (o era) una actividad peligrosa, para realizarla había que tener coraje y más aún para trabajar en la quema. En el discurso de Pedro, la Argentina del pleno empleo a la que me referí en la sección anterior está presente de forma contradictoria. Él contaba que se sentía marginado y que no formaba parte de ella. Pero, a su vez, se sentía parte: “Los tiempos cambiaron. Ya no es como antes, antes había una Argentina [en la

que] se podía decir que era un país que podías competir con los mejores países del mundo [. . .] y la producción que se hacía en la Argentina esa la industria estaba *a full* [. . .] fábricas que ahora están vacías [. . .] Todo eso era a full, imagínate todo eso generando basura. Y todos laburando". Un poco romántico, un poco real, recuerda que si bien vivían de la basura "volvías con dinero a tu casa" y que "podías comprarte lo que querías", "a tu familia no le faltaba nada, y todo lo pagabas, laburando ahí adentro [en la quemal]", y agrega: "Más producción, más consumo y más basura". Los cirujas estructurales también construyen la legitimidad en la actualidad. Lo hacen principalmente diferenciándose de los nuevos cirujas. Se consideran los verdaderos cirujas, los que poseen los conocimientos reales de la tarea y los que siempre tuvieron las agallas para realizar la actividad, en momentos en los que no era tan fácil.

En los nuevos cirujas, en cambio, existe una percepción de ruptura. Una de las formas en que se expresa es en la sensación de vergüenza. A partir del trabajo de campo pude notar que ésta se expresaba en dos ámbitos de relaciones y significaciones diferentes. En el familiar y en el espacio cercano, por un lado, y en la calle, por el otro. En relación al primero de ellos, la vergüenza se expresaba, a su vez, de dos maneras: tanto en función de la capacidad de provisión perdida como en la mirada estigmatizante del conocido en el barrio donde vivían, en dejar de haber sido un trabajador en los términos descritos en la sección anterior. Estos dos espacios de la vergüenza se condensan en frases como es cuestión de empezar. Como dije, es el dar el paso lo que cuesta, porque la actividad implica para ellos un quiebre en las trayectorias sociales y laborales. Y uno de los mayores obstáculos para dar el paso es la vergüenza y la exposición. Sin embargo, el cirujeo se enmarca en los límites de lo moralmente aceptable por diferencia de otras opciones que surgen como posibles —como pueden ser el robo o la mendicidad.

En muchos de los casos han sido las mujeres las primeras en salir. Ante esta situación, muchos hombres vieron trastocadas las actividades. Vieron a sus mujeres ocupando las actividades construidas históricamente como masculinas poniendo en tensión una serie de ideales descritos en el apartado anterior. Que el hombre se quede en el ámbito de lo doméstico y la mujer salga a la calle, pone en juego el imaginario de los roles sociales de manera tajante. Ante las nuevas situaciones, en las que los hombres van dejando de ser los proveedores de la seguridad material familiar y en las cuales son las mujeres las que, sin abandonar las tareas domésticas —preparar la comida, lavar la ropa, limpiar la casa—, comienzan a traer el sustento a casa, se genera en los hombres una vergüenza personal que los obliga a buscar alternativas a la situación. El cirujeo se transforma, entonces, en una alternativa que cuenta con ciertos costos. El salir a la calle, coloca nuevamente a los hombres dentro de aquel mundo de hombres, pero realizando una actividad que hasta no mucho tiempo atrás desdeñaban. Así, si bien los reposiciona como proveedores del ingreso familiar, la actividad en la calle hace que se viva de manera conflictiva.

Durante el trabajo de campo, he acompañado a cirujas por las calles de la ciudad y he realizado observaciones y entrevistas en los barrios donde los recolectores vivían. En función de ello puedo decir que la ruptura no sólo se vive al momento de salir a la calle. Si bien hice referencia a la noción de ruptura que

surge en los relatos de los entrevistados entre dos esferas que aparecen como diferenciadas: el cirujeo y el no cirujeo, una vez dentro de la actividad se produce un cambio en las relaciones sociales que exceden las de trabajo. Cada vez más la vida queda signada en relación al cirujeo. La utilización de los medios de trabajo (como carros), los modos de acumulación de los materiales recolectados en las viviendas, y la manera en que la actividad se realiza —en la calle la visibilidad es constante a la hora de la recolección, por el barrio son vistos ya sea con el carro vacío a la hora de salir o lleno a la vuelta de la recolección o en el momento en que van a vender lo recolectado— y su estructura hace que la visibilización de su tarea —sobre la que ha existido una visión negativa— sea constante. Para ser cartonero es necesario superar una estigmatización autoimpuesta, como una suerte de rito de pasaje de una condición a otra. Generalmente cuando se habla de ritos de pasaje suele referirse a una imposición y una serie de pruebas que vienen desde afuera. En el caso del cirujeo, esto no es del todo así. Si bien los discursos sociales configuran al sujeto, aquí, los procesos de paso, de transformación, se dan más que como ritos colectivos de reconocimiento social —aunque son necesarios—, de manera personal y/o familiar que sí llevan al reconocimiento de la comunidad. El poder afrontar la calle es una de las maneras de salir de ese estigma con el que se vivencia la actividad. Esto me lleva a la segunda de las dimensiones donde se expresa la vergüenza: las calles de la ciudad, ya que es presentarse públicamente como pobres realizando una actividad estigmatizada.

Los cirujas no pueden pasar desapercibidos por las condiciones reseñadas pero también porque *performarse* como marginados les permite acceder a ropa, alimentos y otros productos. Se activan, entonces, otros procesos, otras relaciones en los que la pobreza, en vez de tener que ser escondida, debe ser expuesta. Es en la calle donde se generan cotidianamente una serie de relaciones personales en pos de garantizar la previsibilidad de acceso a los recursos. La calle para los cirujas no aparece como un lugar de anonimato como suele plantearse (Delgado Ruiz 1999), sino, por el contrario, como el lugar del contacto. En general, van confeccionando recorridos específicos que repiten día a día que se va haciendo en la práctica cotidiana, en el estar y ser reconocidos. En ella se van generando relaciones personales de afinidad y reciprocidad con algunos vecinos, a ellos los llaman clientes.¹⁸

Carlos, un empleado municipal dedicado al barrido, durante el 2003 y 2004 se dedicó a cirujear junto a su hijo. Salía tres veces por semana y según me decía visitaba a cincuenta vecinos del barrio de Flores. En palabras de Carlos: “A mí los porteros me decían ‘te doy a vos porque dejas todo limpio’. Nosotros íbamos y abríamos la bolsa [hace un gesto] buscábamos lo que nos interesaba y dejábamos todo ordenadito [. . .] a los vecinos les intentábamos explicar por qué hacíamos esto, mostrarles quiénes éramos, que éramos buena gente”. Visitar, comportarse, ser conocido hace que se generen relaciones y que los porteros, los vecinos le guarden, le den a Carlos ya que lo conocen. Así, ese sujeto que en un comienzo se vio como anónimo y peligroso, se fue transformando en un ser conocido.

Cada recolector va generando recorridos en función de los clientes que puede

18. Los cirujas llaman clientes a las personas que visitan periódicamente. Esta relación está basada en la relación que se genera cotidianamente.

ir consiguiendo desde la capacidad de generar relaciones con los otros actores de la zona en que se recolecta. Las relaciones requieren una serie de comportamientos cotidianos como se desprende de lo dicho por Carlos, que también pueden ser darle un obsequio —como un atado de cigarrillos— pasar tiempo conversando con el vecino, etc. Así, la calle se transforma en un lugar de trabajo, en un lugar de contacto con otras personas que no son cirujas.

En los nuevos cirujas la construcción de la actividad como una forma legítima, digna de ganarse la vida, implica una reconstrucción de los sentidos sociales y los juicios personales que han tenido con respecto a la actividad. Para los que fueron trabajadores formales o tienen un largo derrotero de actividades que pendulan entre lo formal y lo informal, el no tener trabajo en la actualidad y, más aún, el ser ciruja aparece como un estigma vergonzante. Sin embargo, los cartoneros recurren en pos de dar cuenta de la necesidad de justificar sus acciones, a modos públicos de descripción, de configuración y de relatar las formas de acciones que se consideran justas y moralmente correctas a partir de la noción de trabajo, lo cual se entrelaza con la noción de dignidad. Pero también recurren a modos de actuar, de relacionarse con personas en las calles que les permite, por un lado crear pre-visibility y, por otro, transformar el estigma y la vergüenza en confianza: la generación de clientes en las calles, no sólo es una forma de asegurarse mercadería, sino también generar relaciones de afinidad que le permitan hacer más tolerables las visiones estigmatizantes de las cuales son objeto.

Si en los primeros salir a la calle buscan no ser reconocidos, esconder su pobreza, el cliente necesita poder identificar al cartonero y el cartonero necesita que el cliente lo vea como tal. De esta forma, la sensación de no ser reconocido, de ser un anónimo como cualquier persona en la gran ciudad (Delgado Ruiz 1999), se entremezcla con la necesidad de ser aceptado por el otro como un receptor de residuos. Para ello, los cartoneros están constantemente activando relaciones de afinidad con los posibles dadores de residuos que se basan en la generación de confianza entre unos y otros. El salir a la calle, y luego, el transitar por ella, intentar esconderse y generar relaciones estables marcan la complejidad del proceso de acceso a la ciudad y a los recursos.

Estas formas diferenciales de experimentar la actividad generan prácticas que forman parte del cirujeo. La vergüenza, el coraje, la dignidad en las calles, las expectativas de permanecer, asegurarse una mejor capacidad de recolección o intentar salir del cirujeo son parte de la forma en que la actividad se estructura y genera modos de acción que construyen el imbricado mundo del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires.

Los depósitos

Al igual que el cirujeo, los depósitos en tanto intermediarios entre el cirujeo y la gran industria no surgen con la crisis, sino que cuentan con una prolongada historia. Y, así como en el caso de los recolectores informales, las modalidades que surgen durante estos años (camiones, depósitos en zonas más céntricas de la ciudad) sí son producto de la reconversión que tuvo la actividad en los años recientes. Si hasta 1977 eran los intermediarios los que iban a la quema en busca

de los materiales, la expansión de espacio de recolección hizo que buscaran otras formas de llegar hasta los recursos.

Los depósitos también crecieron en estos últimos años y aparecen como el nexo entre la industria y el cirujeo. Este eslabón de la cadena productiva está formado por un universo variado y complejo. Existen dos estudios, uno realizado por el Programa de Recuperadores Urbanos y otro por el Área de Investigación de la Dirección General de Políticas de Reciclado Urbano de la ciudad de Buenos Aires, sobre la cantidad de depósitos que existen en la ciudad.

En el primero de ellos, realizado durante agosto de 2004, se contabilizaron setenta y tres depósitos. La mayoría de ellos se encontraban en la Zona Sur (Pompeya, Soldati, Lugano) así como en Chacarita y Paternal. De un total de treinta y cinco encargados entrevistados, veintinueve (el 83 por ciento) comercializaban directamente con cartoneros y para diecisiete de ellos, el cirujeo les significaba más del 80 por ciento del material recibido. Los otros seis eran provistos o retiraban el material directamente de los que lo generaban (como las imprentas y editoriales) o comprando a depósitos menores (que sí compraban a cirujas). En cuanto a la antigüedad de los establecimientos, de los veintinueve que compraban directamente a cartoneros, veintidós (el 76 por ciento) comenzaron a realizar la actividad a partir del año 2002. En cambio, en los que no lo hacen, la antigüedad era mucho mayor —cuatro comenzaron en la década de 1990, uno en la de 1970 y uno en la de 1960 (Carlino, Schamber y Jaguer 2004). El informe del Dirección General de Políticas de Reciclado Urbano de 2006 tipificó los galpones en dos grupos: Galpón 1 y Galpón 2. El primer grupo formado por los que compran a cartoneros, carecen de equipamiento, manejan poco volumen, venden principalmente a otros galpones y presentan cierto rasgo de informalidad. El segundo, en cambio —y, por oposición al primero— conformado por los que compran a otros galpones, poseen equipamiento, manejan mucho volumen, venden a la industria, son un negocio formal. Para ese año se contabilizaron 114 galpones. De ellos, noventa y seis (84 por ciento) del tipo 1. La distribución zonal que se encuentra se correlaciona con la descrita años anteriores: cuarenta y siete están ubicados en el barrio de Villa Soldati, lo siguen Nueva Pompeya (trece), La Paternal (ocho), Barracas y Parque Patricios (cinco). Según el informe, el 63 por ciento de los encuestados sólo compraba y vendía material, el 26 por ciento además lo enfarda y el 11 por ciento le agrega valor procesando los materiales antes de venderlos. En cuanto al destino de las ventas, aproximadamente la mitad (45 por ciento) le vende los materiales directamente a las industrias recicladoras. El 46 por ciento le vende a otros galpones (a los Galpones 2) y el 9 por ciento le vende a ambos actores (industrias recicladoras y Galpones 2) (figura 1).

La mayoría de los nuevos depósitos compran una variedad de materiales. En palabras de Schamber (2006) son polirubros. Si bien algunos de ellos venden directamente a la gran industria, la mayoría lo hace a los depósitos especializados. Los depósitos son los que generalmente tienen contacto directo con los cirujas y funcionan como intermediarios entre ellos y la gran industria. Los depósitos son más que intermediarios (si se lo define sólo como el acto de intermediar) en tanto que al pasar por ellos, lo recolectado por cirujas experimenta transformaciones.



Fuente: elaboración propia en base a mapas de la DGPRU (2006) y del Boletín de Obras Sanitarias de la Nación de 1941.

Figura 1 Mapa comparativo entre el lugar ocupado por la quema (1941) y los galpones de compra de residuos (2006).

Pero sobre todo porque funcionan como un elemento estabilizador y normativizador del cirujeo (Perelman 2011b). A partir de comprender la relación entre estos dos grupos se puede dar cuenta de cómo en actividades que parecen a priori como sumamente desestructuradas y poco previsibles, existe un fuerte trabajo de construcción de previsibilidad, la cual es necesaria para satisfacer necesidades de los sujetos que no pueden hacerlo sólo a partir de lo recolectado. Es por ello que existen redes que permiten a los sujetos acceder a una serie de beneficios que complementan la venta y consumo de materiales encontrados en las calles. Por estas redes circula la asistencia social —a partir del otorgamiento de planes sociales (o alimentos) imaginarios de ascenso social, lealtades, deudas.

Los camiones también forman parte de este universo. Con respecto a ellos, es posible dividirlos en dos grupos. Los que trasladan cirujas del conurbano a la ciudad y los que además —o, exclusivamente— tienen una balanza para pesar y

comprar lo recolectado.¹⁹ En cuanto a los primeros, generalmente provienen de lugares donde no existen trenes que sirvan de traslado y dejan a los cartoneros en zonas céntricas de la ciudad (micro y macro centro) lejos de los depósitos que se encuentran en la ciudad. Al igual que en el caso de los trenes van haciendo paradas, dejando a los cirujas por el camino. Mientras se produce la recolección el camión se estaciona y los espera para luego llevarlos nuevamente a sus hogares. Los camiones balanzas, a diferencia de los camiones que transportan a los cirujas, se dedican a la compra (a los recolectores) y venta (a la industria) de materiales. A diferencia de los anteriores, éstos están en mejores condiciones, son más nuevos. Lo que hacen estos camiones es estacionarse en el micro y macro centro —lugares donde no está permitido— para comprar a las personas que recolectan en la zona, donde se concentra una gran cantidad de materiales reciclables de muy buena calidad y en un espacio relativamente pequeño.²⁰

Otro factor importante para comprender la presencia de depósitos y la manera en que se realizaba la actividad, es el de las políticas públicas sobre gestión de los residuos. Éstas si bien ponen constantemente reparos para la vida del cirujeo —el argumento varía, entre los que se pueden destacar están la contaminación de los sistemas, la peligrosidad que resulta para las personas que realizan la actividad, la esteticidad, et cetera—, son ellas mismas las que habilitan la existencia al generarse una zona gris en la que actúan cirujas, empleados municipales e intermedarios (para un análisis exhaustivo del lugar que ocupa el cirujeo en relación a la política ambiental puede consultarse a Paiva 2008).

Como se puede apreciar en el mapa, la ubicación de los depósitos marca, de todas formas, las continuidades en los entramados territoriales del cirujeo que más allá de los espacios de recolección continúan presentes.

PALABRAS FINALES

Como dije al comienzo, mi intención en este trabajo fue la de dar cuenta de la forma en que se estructuró el cirujeo durante los años de crecimiento. Lo hice a partir de dos líneas que dan cuenta de la forma en que se estructuró. Por un lado, los espacios en que se desarrolla y por otro en los imaginarios en torno a la tarea. Para dar cuenta de este objetivo recurrí a los procesos que han construido el cirujeo. Así, comencé recuperando la territorialización del cirujeo mostrando cómo la actividad cuenta con una prolongada historia ligada siempre a la pobreza, a la marginalidad y a la estigmatización. Esta misma línea es posible reconocerla a partir de las nominaciones de la actividad y los sentidos que han quedado ligados a ella.

El recorrido histórico, entonces, permite desnaturalizar los sentidos ligados a la actividad así como comprender la forma en que se estructura tanto a nivel material como simbólico. La estructuración del sistema de recolección de residuos y

19. Ver informe de la Dirección General de Políticas de Reciclado Urbano de 2006, 88–96.

20. Según el informe es posible que estos camiones sean propiedad de los galpones de la provincia de Buenos Aires.

venta en depósitos es relativamente reciente. Tiene su inicio en la década de 1970, con el cierre de las quemadas, el comienzo de la recolección de residuos puerta a puerta y el posterior enterramiento en rellenos sanitarios. Así, a diferencia de las décadas anteriores, a partir de entonces, los cirujas deben buscar la basura en las calles de la ciudad. Esto implica un constante trabajo de generación de relaciones con los vecinos de los barrios por donde transitan, lo cual implica un modo de comportamiento y tener que reconfigurarse como sujetos dignos. La presencia de depósitos también es producto de estas transformaciones. Si antes los compradores iban a la quema, con su cierre, los depósitos comenzaron a proliferar.

También la aproximación histórica me permitió dar cuenta de los sentidos que le son asociados a la tarea. Esto lo hice aproximándome desde la historia del cirujeo como de los discursos en torno al trabajo. Así, di cuenta de que, pese a la estigmatización que pesa sobre la tarea, la forma en que es vivida depende de las trayectorias de las personas que la realizan. Estas diferencias son importantes ya que me permitió recuperar las formas en que los sujetos entienden la actividad aproximándome a los modos de vida de miles de personas, a la forma en que se sienten, actúan y experimentan las actividades laborales —así como la explotación, la desigualdad y la pobreza. También me sirvió para comprender las formas en que los sujetos viven y construyen la actividad.

El abordaje realizado me permitió mostrar la presencia de depósitos como actor necesario en el territorio: son intermediarios entre cirujas y la gran industria. Además mostré que la existencia de éstos es producto de las transformaciones ocurridas luego de la dictadura, que cerró los basurales y desterritorializó el cirujeo. A la vez, son tributarios de las políticas de reciclaje actual —o falta de ellas. Ante la falta de políticas de reciclado, son los cirujas y los depósitos los que realizan el proceso de búsqueda y acumulación de materiales reciclables.

Así, intenté contribuir no sólo a la forma en que se recolecta sino también a la manera en que la pobreza es vivida por las personas que la practican.

REFERENCIAS

- Álvarez Leguizamón, Sonia
 2005 “Introducción”. En *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: Estructuras, discursos y actores*, editado por Sonia Álvarez Leguizamón, 19–53. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y Comparative Research Programme on Poverty.
 2008 *Pobreza y desarrollo en América Latina*. Salta, Argentina: Universidad Nacional de Salta.
- Armus, Diego
 1995 “O discurso da regeneração: Espaço urbano, utopias e tuberculose em Buenos Aires, 1870–1930”. *Estudos Históricas* 8 (16): 235–250.
- Beccaria, Luis
 2001 *Empleo e integración social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carlino, Sandra, Pablo Schamber y Mariano Jaguer
 2004 “Informe sobre las encuestas a los depósitos que comercializan reciclables en la CABA”. Mimeo. Buenos Aires: Programa de Recuperadores Urbanos.
- Delgado Ruiz, Manuel
 1999 *El animal público: Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

- Dussel, Inés, y Pablo Pineau
 1995 "De cuando la clase obrera entró al paraíso". En *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945–1995)*, coordinado por Sandra Carli, 106–173. Buenos Aires: Galerna.
- Gené, Marcela
 2005 *Un mundo feliz: Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946–1955*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés y Fondo de Cultura Económica.
- Gorbán, Déborah
 2009 "La construcción social del espacio y la movilización colectiva: Las formas de organización espacial de los sectores populares en Buenos Aires. (Salir a cartonear, desentrañando prácticas y sentidos del trabajo entre quienes se dedican a la recolección de materiales recuperables). Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Gorelik, Adrián
 1998 *La grilla y el parque*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmas.
- Grassi, Estela
 2000 "Procesos político-culturales en torno del trabajo: Acerca de la problematización de la cuestión social en la década de los 90 y el sentido de las 'soluciones' propuestas: un repaso para pensar el futuro". *Sociedad* 16. <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/grassi/public3.html>.
- Grassi, Estela, Susana Hintze y María Rosa Neufeld
 1994 *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires: Espacio.
- Gutiérrez, Pablo
 2005 "Recuperadores urbanos de materiales reciclables". En *Los nuevos rostros de la marginalidad: La supervivencia de los desplazados*, editado por Fortunato Mallimaci y Agustín Salvia, 131–143. Buenos Aires: IIGG-UBA y Biblos.
- Huret, Jules
 (1911) 1986 *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Liernur, Jorge F.
 2000 "La construcción de un país urbano". En *Nueva historia argentina: El progreso, la modernización y sus límites (1880–1916)*, editado por Mirta Lobato, 5:409–463. Buenos Aires: Sudamericana.
- Murillo, Susana
 2002 "La cuestión social en Buenos Aires: La condición trágica de los sujetos". En *Sujetos a la incertidumbre: Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual*, coordinado por Susana Murillo, 29–92. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Oszlak, Oscar
 1991 *Merecer la ciudad: Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad-HUMANITAS.
- Paiva, Verónica
 1996 "Entre mismas y microbios; La ciudad bajo la lente del higienismo: Buenos Aires 1850–1890". *Área* 4:23–31.
 2008 *Cartoneros y cooperativas de recuperadores: Una mirada sobre la recolección informal de residuos—Área Metropolitana de Buenos Aires, 1999–2007*. Buenos Aires: Prometeo.
- Perelman, Mariano
 2005 "Sobre la inclusión de la cuestión de los cartoneros en la agenda política del gobierno de la ciudad de Buenos Aires". En *Entre pasados y presentes: Trabajos de las VI Jornadas de jóvenes investigadores en ciencias antropológicas*, coordinado por Alejandra Cetti, A. Re, D. Rindel y Paula Valeri, 17–32. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
 2007 "El cirujeo ¿Rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones de la actividad en la Ciudad de Buenos Aires". En *Recicloscopio: Miradas sobre recolectores urbanos de residuos en América Latina*, editado por Pablo Schamber y Francisco Suárez, 245–267. Buenos Aires: Prometeo y Universidad Nacional General Sarmiento y Universidad Nacional de Lanús.
 2008 "De la vida en la Quema al trabajo en las calles: El cirujeo en la ciudad de Buenos Aires". *Avá: Revista de Antropología* 12:117–135.

- 2010a "El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires: Visibilización, estigma y confianza". *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana* 5 (1): 94-124.
- 2010b "Memórias de la Quema: O cirujeo em Buenos Aires trinta anos depois". *Mana: Estudos de Antropologia Social* 16 (2): 375-399.
- 2011a "La construcción de la idea de trabajo digno en cirujas de la ciudad de Buenos Aires". *Intersecciones en Antropología* 12:155-168.
- 2011b "La estabilización en el cirujeo de la ciudad de Buenos Aires: Una aproximación desde la antropología". *Desarrollo Económico: Revista de Ciencias Sociales* 51 (201): 35-57.
- Petcoff, Emilio
1965 "El mundo prohibido de los cirujas". *Revista Atlántida* 48 (1184): 22-27.
- Plotkin, Mariano
1994 *Mañana es San Perón: Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- Roccatagliata, Atilio
1919 "Los chiffoniers (los traperos)," *Trabajos y manuscritos*. Buenos Aires: Biblioteca Central de la Facultad de Medicina.
- Schamber, Pablo
2006 "Morfología del fenómeno cartonero en Buenos Aires". En *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*, editado por Guillermo Wilde y Pablo Chamber, 79-101. Buenos Aires: SB.
- 2008 *De los desechos a las mercancías: Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Suárez, Francisco
1998 "Que las recojan y arrojen fuera de la Ciudad: Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires" (Documento de trabajo no. 8). Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, Argentina.
- 2001 *Actores sociales en la gestión de residuos sólidos de los municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz*. Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires.
- Suriano, Juan
2000 *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena.
- Svampa, Maristela, ed.
2000 *Desde abajo: Las transformaciones en las identidades*. Buenos Aires: Biblos.
- Torre, Juan Carlos, y Elisa Pastoriza
2002 "La democratización del bienestar". En *Nueva historia argentina: Los años peronistas (1943-1955)*, editado por Juan Carlos Torre, 8:257-312. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Velloso, Enrique García
1985 *En el barrio de las ranas*. En Raúl Castagnino, *Documentos para la historia del teatro nacional*, vol. 8. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Wainerman, Catalina
2005 *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.